

JUAN BOSCH Y LA LITERATURA PUERTORRIQUEÑA

Juan Bosch and Puerto Rican Literature

*Ramón Luis Acevedo Marrero, Ph. D.
Catedrático*

*Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico*

Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe

Resumen

Las relaciones literarias entre Puerto Rico y la República Dominicana constituyen un aspecto muy rico, pero poco estudiado de la historia cultural de ambos pueblos. Dentro de este contexto se sitúa la figura del cuentista y ensayista dominicano Juan Bosch. A partir del 1938, año que pasó en Puerto Rico, Bosch hizo aportaciones fundamentales a la difusión y estudio del gran escritor puertorriqueño Eugenio María de Hostos, quien a su vez influyó mucho en su acción y pensamiento. Además, escribió artículos penetrantes y elogiosos en los cuales interpreta la persona y la poesía de Luis Llorens Torres y los cuentos de Emilio S. Belaval. También sirve de mentor al joven narrador José Luis González. Por último, escribe y publica en la Isla cuatro cuentos poco conocidos, dos de los cuales tratan asuntos puertorriqueños.

Palabras clave: Juan Bosch, literatura dominicana, cuento hispanoamericano, literatura puertorriqueña.

Abstract

Literary relations between Puerto Rico and the Dominican Republic have been very extensive but not well studied. The great 72 Dominican essayist, novelist and short story writer Juan Bosch is included in this context. During 1938, when Bosch lived in Puerto Rico, and after, Bosch made very important contributions to the study and knowledge of the great puertorri-

can writer Eugenio de María de Hostos, who influenced strongly his ideas and actions. He also wrote incisive articles on the life and poetry of Luis Llorens Torres, whom he greatly admired, and the short stories of Emilio S. Belaval. Besides, he became a teacher in short story writing to the young José Luis González. Finally, Bosch wrote and published in Puerto Rico four little known short stories, two of them on puertorrican themes.

Keywords: Juan Bosch, puertorrican literature, Spanish American short story, Dominican literature

Recibido: 16 de septiembre de 2019. *Aprobado:* 18 de octubre de 2019.

El contexto: historia de vecinos

Las relaciones literarias entre Puerto Rico y la República Dominicana constituyen un capítulo muy rico, aunque muy poco explorado, de la literatura antillana. Por la proximidad geográfica, los azares de la historia, los lazos familiares, las migraciones constantes y las semejanzas culturales, los vínculos estrechos entre ambos países son abundantes y datan desde los tiempos anteriores a la conquista española.

En efecto, compartimos una misma obra fundacional: *La relación acerca de las antigüedades de los indios* de Fray Ramón Pané. Aunque esta recopilación de mitos y creencias taínas, verdadero compendio de literatura oral indígena, fue escrita en lo que es actualmente la República Dominicana y los informantes de Pané fueron taínos de La Española, por ser un producto cultural colectivo, cuya autoría corresponde a la etnia taína, también los puertorriqueños la consideramos y estudiamos como nuestra. Los indígenas de Borikén compartían lengua, cultura, creencias y mitos con los de la vecina isla. Por otro lado, puertorriqueños como Ricardo Alegría, Mercedes López Baralt y Sebastián Roubiau han hecho aportaciones muy significativas al estudio de la obra de Fray Ramón Pané.

También compartimos grandes cronistas como Gonzalo Fernández de Oviedo y Fray Bartolomé de las Casas. Mención aparte merece el poeta Juan de Castellanos, autor de *Elegías de varones ilustres de Indias*, poema épico en el cual elogia las proezas de los conquistadores de ambas islas, como Diego Velázquez, Juan Ponce de León y Diego Colón. La «Elegía

VI», dedicada a Ponce de León, quien inició la colonización del Higüey y fue el conquistador y colonizador de Borikén, la consideramos en Puerto Rico como la primera obra propiamente literaria inspirada en nuestra realidad nacional.

Puerto Rico y la República Dominicana también comparten la larga siesta colonial de los siglos XVII y XVIII, incluyendo la incursión de piratas y corsarios. Agotado el oro de ambas islas y descubiertas las grandes riquezas mineras de México y el Perú, ambos enclaves coloniales quedan al margen de las sedes virreinales, grandes centros de concentración política, social y cultural. No obstante, las turbulencias históricas de la primera mitad del siglo XIX despiertan nuevamente a ambas sociedades cuyo desarrollo cultural y literario se dará principalmente en la segunda mitad del siglo. Se incrementan entonces las relaciones entre estas dos incipientes literaturas nacionales.

En Puerto Rico, contemplando las ceremonias que marcaban la abolición de la esclavitud en 1872, Manuel de Jesús Galván concibió su novela *Enriquillo*, novela histórica fundacional de la literatura dominicana. Por su parte, José Joaquín Pérez, autor de otra obra fundacional, *Fantasías indígenas*, incluye al final de su poemario un relato en prosa titulado «Flor de Palma o la fugitiva de Borinquen». Narra aquí los estragos que hace la hermosa y ambiciosa borinqueña Anaibelca, hija de Bayoán, rey de Borinquen, rescatada por Colón de manos de los indios caribes y llevada a La Española. Allí el poderoso cacique Guacanagani se enamora perdidamente de ella.

También José Joaquín Pérez, quien debió conocer exiliados boricuas en Venezuela, mientras él mismo era un exiliado, se inspira en las ansias de libertad de las vecinas islas y les dedica en 1873 un extenso poema titulado «Cuba y Puerto Rico». En él elogia la gesta gloriosa de los cubanos que luchan por la libertad tras el Grito de Yara y lamenta la subordinación en que se encuentra Puerto Rico tras la sofocación de la Revolución de Lares:

Y tú, la pobre huérfana,
tú, que has pedido tanto
desesperada, el único
consuelo a tu quebranto,
el maternal, purísimo
bien de la libertad;

¿qué aguardas di?
¿Qué horóscopo
funesto te destina
a ver perennes déspotas
de tu baldón y ruina,
de tus despojos míseros,
haciendo la heredad?

.....

Tus indefensos mártires
cobardes pisotea;
y a fin que nunca, intrépida,
Borinquen libre sea,
te anula empobreciéndote,
¡te colma de irrisión!

.....

De Lares ya las víctimas
su ejemplo te ofrecieron;
combate en hueste innúmera,
y si ellos sucumbieron,
hoy, más felice, indómita,
su sangre ha de vengar... (196-197)

A su amiga Lola Rodríguez de Tió, la principal figura femenina de la literatura puertorriqueña del siglo XIX, a quien debió conocer en su exilio en Venezuela, el poeta le dedica dos hermosos poemas, acuses de recibo de sus dos poemarios *Claros y nieblas* y *Mi libro de Cuba*. El primero, de 1886, recoge la escena familiar en la cual las hijas le entregan el libro que acaba de llegar. Todos celebran el poemario que el bardo dominicano elogia:

Después leí... ¡Qué páginas! Olores
de lirios en la agreste selva umbría;
incienso del altar; leves rumores
De un concierto de eterna melodía.

Arrullos de caricias maternales;
himnos de un corazón viril, patriota;
doquiera luz y glorias inmortales
¡palpitando en los ritmos de la nota!... (263)

El segundo poema, de 1894, se concentra aún más en la descripción de la poesía de la «eminente poetisa» y la exhorta a continuar «Arrancando a la lira americana / himnos de nueva y de fecunda vida» (281).

Fueron precisamente los exiliados boricuas, como Lola, los que más se acercaron a la República Dominicana, sobre todo, Betances, Hostos y Pachín Marín.

La labor de Hostos en la República Dominicana es muy conocida. Su aportación fue fundamental para la fundación nacional del país en los campos de la educación, el periodismo, la cultura en general y en la literatura. Como parte de su propia creación mientras vivió en el país, escribió excelentes ensayos sobre diversos aspectos de la realidad dominicana, entre ellos, su producción literaria. Aquí bastará con mencionar los textos que dedicó a las *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez y a la poesía de Salomé Ureña de Henríquez.

Menos conocidas son las aportaciones de Ramón Emeterio Betances y Francisco Gonzalo Marín (Pachín Marín), ambos exiliados en algún momento de su vida en la República Dominicana. De los muchos escritos del Dr. Betances, mayormente sobre asuntos políticos, podemos destacar dos por su particular valor literario y el efectivo cultivo del subgénero de la semblanza. Me refiero a «Una biografía de Hereux», breve y tremenda diatriba contra el dictador, y la semblanza elogiosa y más extensa del dominicano Monseñor Meriño, «Retrato de un arzobispo por un librepensador».

Pachín Marín, por su parte, vivió exiliado en la República Dominicana de 1887 a 1889 y trabajó como maestro en Azua. Aquí publicó artículos sobre temas educativos y políticos, pero al chocar con Hereux fue expulsado del país. Incluso, llegó a escribir una obra dramática de carácter épico-lírico titulada *27 de febrero*, dedicada a la gesta de la independencia dominicana. Patria Figueroa la describe de la siguiente manera:

Es una pieza alegórica escrita en una de las forma métricas características del romanticismo español: polimetría. Su tema cardinal es el patriotismo, y toda la obra está repre-

sentada en símbolos. Así, los personajes principales son: Quisqueya, la Perfidia, el Despotismo, el Derecho, el Poeta. Gonzalo Marín representó en el estreno de esta obra el papel del Poeta. (Figueroa 88)

Pachín también escribió, ya en Nueva York, un breve relato titulado «Recuerdos de Puerto Plata», que parece evocar un amor perdido, pero presente en la memoria; y un soneto dedicado a Máximo Gómez, general dominicano que dirigía el ejército libertador de Cuba.

El modernismo trajo consigo en Puerto Rico un renovado antillanismo, como reacción a la ocupación norteamericana. Sus principales portavoces literarios fueron José de Diego, Antonio Pérez-Pierret y Luis Lloréns Torres, cuya «Canción de las Antillas» se hizo justamente famosa. En este antillanismo orgulloso y celebratorio se incorpora a la República Dominicana con su pasado histórico heroico y legendario.

El vanguardismo de los años veinte significó una reacción contra esta visión idealizada de lo antillano, pero el antillanismo también está muy presente, vinculado a lo negro y lo mulato, en los poemas de Luis Palés Matos, especialmente en su «Canción festiva para ser llorada». Sabemos, además, que existieron vínculos e intercambios entre el postumismo dominicano de Domingo Moreno Jiménez y los jóvenes vanguardistas puertorriqueños.

Para esta época vivió entre nosotros en Puerto Rico el cuentista dominicano Sócrates Nolasco, quien fue cónsul general de la República Dominicana en la isla, cargo que ocupó de 1915 a 1924. En San Juan hizo amistad con algunos de los principales escritores boricuas de ese momento, como Nemesio Canales, Luis Lloréns Torres, Antonio Pérez-Pierret, Miguel Guerra Mondragón y Luis Muñoz Marín. Nolasco leyó sus obras, frecuentó sus tertulias e intervino activamente en nuestra vida literaria. Sus vivencias de estos años lo llevaron a publicar, en 1953, su libro *Escritores de Puerto Rico*.

Juan Bosch en Puerto Rico (1938)

La experiencia de Sócrates Nolasco se repite en la década del '30 con Juan Bosch, aunque en menor escala. En enero de 1938 llegó a Puerto Rico, donde comenzó su largo exilio. Según David Álvarez Martín, ya había pasado por la patria de su familia materna: «El primer contacto con

nuestra isla vecina lo tuvo a finales del 1930 cuando viajando entre Barcelona y Venezuela hizo escala en Puerto Rico y participó en la búsqueda de ayuda a los damnificados del ciclón San Zenón»¹. Era un joven maestro de algunos 28 años que venía exiliado de la República Dominicana donde Trujillo ya había consolidado su poder dictatorial y perseguía inmisericordemente a cualquiera que se colocara en oposición a su régimen. Había estado preso en las cárceles del dictador por supuestas actividades anarquistas y ya era un escritor reconocido en su país por la publicación de varios libros, entre los cuales se destacaban su primera colección de cuentos *Camino real* (1933) y su novela *La Mañosa* (1936). Llegaba a la tierra de su madre, doña Ángela Gaviño, natural de Juana Díaz, y aquí nació su hija Carolina. Fue muy bien recibido por los puertorriqueños, lo cual siempre agradeció, y pronto consiguió un trabajo que sería decisivo en su vida. El propio Bosch nos cuenta:

En el año 1938 me fui a Puerto Rico con mi esposa, que estaba embarazada, y con León Bosch, nuestro primer hijo. Allí me puse a buscar trabajo. Un día fui a la Biblioteca Carnegie y ahí, hablando con una señora le pregunté que si había algún trabajo que yo pudiera hacer. Ella me preguntó que si yo era puertorriqueño y le dije que no, que era dominicano. Entonces me preguntó mi nombre y cuando le dije que era Juan Bosch, volvió a interrogarme. ¿Ah, pero usted es Juan Bosch, el cuentista dominicano? Y cuando le dije que sí ella me respondió que para mí sí había trabajo. Me llevó a un salón que estaba vacío. Había una persona sentada en un escritorio. Era Adolfo de Hostos, el hijo de Eugenio María de Hostos. El me preguntó que si yo podía trabajar en la transcripción de la obra de Hostos y yo le dije de inmediato que sí, porque yo era un producto de la escuela hostosiana en la República Dominicana. Y me dieron el trabajo. (Bosch, 2002, X)

Adentrarse en la obra del maestro antillano significó para Bosch un redescubrimiento intelectual y existencial, según él mismo afirmaba.

¹ David Álvarez Martín, «Juan Bosch—Exilio en Puerto Rico, 1938», <https://es.scribd.com>.

Hostos fue para mí un maestro a través de su obra. El transformó mi destino. Antes de leer la obra completa de Hostos yo era un proyecto de hombre que no estaba claro, no estaba bien concebido ni expresado. Un proyecto de hombre que quería hacer algo por su pueblo y por los pueblos latinoamericanos. Pero no sabía cómo. Entonces, después de leer la obra completa de Hostos ya yo sabía qué tenía que hacer y cómo hacerlo para servir a mi pueblo y a los pueblos de América Latina. (2002, 10-11)

Otra consecuencia feliz de este encuentro de Bosch con Hostos en Puerto Rico fue la producción de un texto clave en la bibliografía hostosiana: *Hostos, el sembrador*. El propio escritor nos cuenta su génesis:

Durante todo ese año de 1938 estuvimos trabajando en la transcripción de la obra de Hostos que se editaría en Cuba. Como Hostos no era tan conocido fuera de Puerto Rico y de República Dominicana, se me ocurrió que debía hacer algo para difundir su obra. De ahí ese trabajo mío que es en parte biográfico y en parte un relato de la vida de Hostos. Un relato dentro de los lineamientos de la verdad histórica, aunque no con la precisión que habrían aparecido si se hubiera tratado de una biografía. Yo lo que quería era dejar en esas páginas el carácter de Hostos y su dedicación a mejorar las condiciones de los pueblos de América a través de la educación. El libro se titula *Hostos el sembrador* porque él era un apóstol que iba sembrando la dignidad, los conocimientos, el pensamiento y el sentimiento latinoamericano por donde quiera que pasaba. (2002, 10)

El trabajo de Bosch con las *Obras completas* de Hostos no solo desembocó en esta especie de biografía novelada, sino que también produjo otros textos muy significativos como la excelente conferencia «Las mujeres en la vida de Hostos», pronunciada en San Juan de Puerto Rico, el 7 de noviembre del 1938, y publicada en el mismo año por la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico.

La aportación de Juan Bosch al conocimiento de Hostos como ideólogo, hombre de acción, educador, americanista y literato es bastante conocida. Prefiero, por lo tanto, concentrarme aquí en lo que escribió sobre otros tres autores puertorriqueños a quienes conoció personalmente: Luis Lloréns Torres, Julia de Burgos y Emilio S. Belaval.

Lloréns, una de nuestras mayores figuras literarias, poeta original e innovador, teórico de la poesía, que dominó las primeras décadas del siglo XX con su poesía antillanista de proyección hispánica y universal, llamó mucho la atención de Bosch. Entre ambos se estableció una gran amistad. El poeta boricua había poetizado a la República Dominicana en su muy conocida «Canción de las Antillas». Años después, en 1927, publica en la revista *Los Quijotes*, un poema, «A Santo Domingo», en el cual condena la ocupación norteamericana y elogia la resistencia del pueblo que logró su terminación en 1924. Con su peculiar erotización y afirmación de la masculinidad, presenta la intervención como intento fallido de agresión sexual:

Como can lujurioso que invade el huerto del vecino
tras la perra dañada, así el gigante semental
de la América rubia (la América que no es América)
llegó hasta ti, cachondo, Santo Domingo de Guzmán.

Se te metió en el lecho, se te subió sobre la mesa,
y bebiendo de tu agua y adueñándose de tu pan,
te acorraló en tu selva, República Dominicana,
y te dijo: sé mía, oh virgen tierra tropical.

Quiso gozarte... Pero no halló en ti halagos
ni humedades de hembra, ni curvas de espina dorsal.
Y, al fin marchóse. Porque respiró el acre olor a macho
De tus Vázquez y Hernández que los tenían en su lugar.
(2010, 532)

Poeta galante, de fama donjuanesca, también escribió «Flor antillana», nada menos que en el álbum de la distinguida dama dominicana doña Flor de Oro Trujillo de Rubirosa, hija del dictador. El poema se salva porque más que un elogio cursi y galante de Flor de Oro es una pequeña oda a la República Dominicana cuya historia Lloréns conoce y poetiza:

Flor de Oro. Flor del Ozama.
Flor de la ceiba de Colón.
Procera flor de La Española
que oro fue del conquistador
y a la vez oro de la estirpe
de Anacaona y Caonabó;
de La Española que fue sola
pan de la colonización:
cuna de las veinte repúblicas
en que América se rompió.
Flor de oro es tu patria libre
bajo la noche y bajo el sol,
que se hace fruto en el arado,
que en sus mujeres se hace amor,
que se hace acero en sus dolores
y se hace cruz en su pendón.
Flor de oro eres de tu pueblo.
pero tu pueblo es también flor:
flor de América: flor cuajada
de las cenizas de Colón. (1987, 154)

Antes o después de este poema –no sabemos la fecha de «Flor anti-llana»–, Lloréns también escribe «Índice antillano», que se inicia con la siguiente nota aclaratoria: «*Poema escrito en el 1935, con motivo de la conferencia que celebraron el General Rafael L. Trujillo, Presidente de la República Dominicana, y el Presidente de Haití, Stenio Vincent, en la frontera entre ambas repúblicas, para arreglar y terminar las diferencias fronterizas*» (1987, 97).

El poema arranca con una emotiva evocación de los dos pueblos que comparten la isla:

Haití, Santo Domingo: La Española.
Ubre primada de la audaz conquista
que convirtió en Américas ibéricas
las Américas indias.

Haití, Santo Domingo: dos naciones

en una sola isla;
dos del verde racimo de repúblicas
en el árbol de América Latina.

Haití, Santo Domingo: las dos razas
que más se gruñen cuanto más se miran;
que una fue la más fuerte y opresora,
y otra fue la más débil y oprimida.

Haití, Santo Domingo: dos gemelas
que hablan lenguas distintas;
Santo Domingo hispana, Haití francesa:
¡puños de Napoleón y de Bolívar,
que recordando agravios ancestrales
aún se alzan y se empinan... (1987, 95-96)

Después de una breve referencia al conflicto fronterizo, Lloréns elogia los caminos de la paz y la armonía que han decidido seguir ambos pueblos:

¡No más rivalidades, ni de distintos pueblos,
ni de distintas lenguas, ni de razas distintas;
que la azul raza blanca, la roja raza negra
y la amarilla india
se olviden para siempre de sus prístinas cunas
allá en Europa, Asia, África y Oceanía,
para ser en América, en las abras del Ande
y en los Llanos y Pampas y en las tórridas islas,
un solo corazón que las tres razas una... (1987, 98)

El ejemplo de Haití y República Dominicana, «el abrazo de sus dos caudillos / de pie sobre la cumbre fronteriza» (99), se presenta como modelo para toda América que el poeta exhorta a que se aleje de «la salvaje Europa, / que aún vive con Atila, / la de Roma, París, Berlín y Londres, / la bárbara y caníbal» (99). Un par de años después Trujillo ordena la masacre de haitianos en la frontera. Bosch decide entonces exiliarse en Puerto Rico.

A pesar de las veleidades trujillistas del viejo poeta de «Canción de las Antillas», Lloréns gozó del afecto y la admiración de Juan Bosch, quien lo conoció en Puerto Rico, en ese año clave de 1938. El cantor de Las Antillas falleció en San Juan el 16 de junio de 1944. Bosch residía en Cuba y en agosto de ese mismo año publicó en la *Gaceta de la Habana* una sentida y penetrante evocación del poeta puertorriqueño bajo el título «Lloréns Torres, el apasionado».

Como indica claramente el título, para el dominicano, lo que caracteriza la personalidad literaria del poeta antillano es la pasión; pasión por la poesía, por la libertad, por la justicia, por la mujer y por la vida. En su semblanza afirma:

Pocos hombres pasaron por el mundo con una carga tan grande como la que albergaba el cuerpo corto, ligeramente encorvado de Luis Lloréns Torres. El extraordinario poeta de Puerto Rico iba y venía por la tierra viéndolo, oliéndolo, oyéndolo todo con apasionado interés. De ahí su panteísmo. “Hay poesía en todo”, aseguraba. (Bosch, 1998, 193)

La última oración es una alusión al movimiento de vanguardia que Lloréns fundó en 1913 y al cual denominó «pancalismo-panedismo». Pancalismo: todo es belleza, todo es poesía. Panedismo: todo conjunto de palabras es verso. Las ideas del poeta, llevadas a la práctica en sus *Sonetos sinfónicos*, le permitieron ampliar enormemente la temática de su poesía. Tan es así que, como señala Bosch, retado por su amigo Nemesio Canales, escribe un poema, «Navidad antillana», inspirado en una cerda parida. También le permitió una enorme flexibilidad en el manejo del verso, que para él no existía, hasta fundirlo y confundirlo con la prosa. Bosch elogia su «don de versificador, comparable con el que tuvieron sus colegas del Siglo de Oro», y su poesía lograda «con una sencillez y una espontaneidad pasmosas» (Bosch, 1998, 194).

Bosch destaca también su valentía e irreverencia con los convencionalismos literarios. «Como para él todo era razón de poesía, no tuvo miedo en momento alguno de no expresarse como poeta» (1998, 194). El secreto de su poesía estaba en su popularismo, su alejamiento de la élite y su deseo de comunicarse directamente con el pueblo. Según Bosch:

...Lloréns Torres sabía que la poesía es obra del poeta, y que un poeta debe ser, ante todo, fiel al pueblo cuya vida expresa. Esa era la clave de su poderoso don creador: escribía para el pueblo. No tomaba en cuenta, a la hora de soltar su brava voz de cantor natural, ni a los lectores cultos ni a las señoras mojigatas. Decía lo que tenía que decir, en un idioma comprensible para la masa, y no tenía consideración alguna ni para los críticos ni para los poderosos. De ahí que nadie dijera cuanto dijo en una sociedad limitada por su falta de libertad nacional. (1998, 194-195)

Más adelante añade con gran penetración lo siguiente: «Hombre cargado de pasión y sin miedo al ridículo, tenía esa cantidad de infantil inconsciencia, necesaria en todo gran poeta, que hace falta para decir en voz alta que se está viendo algo alejado de los ojos comunes» (1998, 195). El crítico literario que había en Bosch no se conforma con meramente señalar esta cualidad en la poesía de Lloréns, sino que cita abundantes ejemplos que la evidencian como «Imperialismo yanqui», «Recibo de intereses vencidos», «Los inmensos analfabetos de América» y otros poemas de denuncia política y social. Destaca así el escritor dominicano un aspecto bastante olvidado de la poesía de Lloréns: su dimensión de poeta social y político. «Sus terribles catilinarias en verso contra el imperialismo norteamericano, contra su propio pueblo que lo sufre, contra la injusticia social, estaban tan cargadas de pasión como cualesquiera de sus poemas eróticos» (1998, 195).

En última instancia, Bosch considera que la pasión máxima de Lloréns fue su pasión por la libertad: «Clamó como nadie por la independencia de Puerto Rico» (1998,196), nos dice. Y luego concluye: «Desde aquí me imagino a los puertorriqueños regando con su llanto esa tumba para que de ella nazca la república que el poeta echó de menos. Pues ese hombre apasionado hacía converger todas sus pasiones en una sola: la que de su pueblo fuera el dueño de sus destinos» (1998, 197).

Sobre Julia de Burgos, a quien admiró mucho y hospedó en su casa en Cuba, junto a su compañero dominicano Juan Isidro Jiménez Grullón, Juan Bosch escribió relativamente poco. En las Actas del Congreso Internacional Julia de Burgos, celebrado por el Ateneo Puertorriqueño en 1992, aparecen las palabras que pronunció en el acto inaugural y que él

tituló «Julia de Burgos, estrella refulgente en la poesía de América». Su exposición comienza con esta afirmación rotunda:

Las mujeres poetas abundan en los países de América de lengua española. Son varias las que han alcanzado puestos elevados en la historia de la literatura de nuestros pueblos, como la chilena Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura de 1945; la uruguaya Juana de Ibarbourou y la argentina Alfonsina Storni, todas autoras de poemas significativamente femeninos porque en ellos quedaron expuestos sentimientos propios de mujeres de Hispano América, pero la calidad poética a que llegaron los versos de Julia de Burgos no había sido alcanzada por ninguna de las mencionadas ni por otra mujer poeta de nuestra lengua. (1993, 18)

Tras este comienzo prometedor, Bosch se desvía para hablarnos acerca de las mentiras de Jiménez Grullón con relación a su estadía en Cuba con Julia. Critica, sobre todo, la ingratitud de su compatriota y su intención de ocultar posteriormente los gestos de hospitalidad que tuvo el escritor para con la pareja. Al final, sin embargo, cita el poema «El rival de mi río», «una pieza extraordinaria, que será leída en Puerto Rico, mientras se hable allí la lengua de Quevedo y García Lorca» (1993, 22) y se refiere a su autora como «esa estrella refulgente en la poesía de América que se llamó y seguirá llamándose durante siglos Julia de Burgos» (1993, 22).

Otro autor puertorriqueño muy admirado por el maestro dominicano es Emilio S. Belaval y en este caso lo elogia como un gran cuentista, el mejor de su país. El 13 de julio de 1940, en la revista *Puerto Rico Ilustrado*, aparece un breve ensayo titulado «Emilio S. Belaval, cuentista de Puerto Rico». Al final se indica que fue escrito en La Habana, durante el mes anterior. Desde el 1939 Bosch se encontraba en Cuba, donde estuvo a cargo de la edición y la impresión de las obras completas de Eugenio María de Hostos.

El artículo comienza con una anécdota que Efraín Barradas considera «cuento» por incluir algo de ficción para introducir el tema². Bosch relata

² Efraín Barradas, «Juan Bosch y Emilio S. Belaval: una relación literaria, un momento histórico, un texto olvidado», en: *Para romper con el insularismo: letras puertorriqueñas en comparación*, Efraín Barradas y Rita De Maeseneer, editores, (Amsterdam-New

que todavía en Santo Domingo, en el 1936, leyó un cuento que le llamó la atención por «el asunto y la gracia con que estaba resuelto» (1940, 17). No recordaba el nombre del autor del relato, pero sí el «Made in Puerto Rico» que aparecía junto a la firma. «Una dolorosa ironía» nos dice, «campeaba en las cuatro palabras de ese marchamo, como campeaba también en todo el cuento, en cuyas imágenes y expresiones estaba –para mí– la impotencia de un pueblo que aceptaba con penosa mordacidad su ingrato destino» (1940, 17). Ya en Puerto Rico, entre las personas que lo abrumaban con su gentileza estaba Emilio S. Belaval, a quien le preguntó por el posible autor del relato que había leído. El cuentista boricua le indicó que él era el autor, aunque nunca le había dicho antes que escribiera cuentos. Para Bosch la sorpresa fue muy agradable: «Me alegró que fuera él», confiesa, «porque me gusta tener admiración por mis amigos, y me alegró que tenía toda una colección de esos «Cuentos para fomentar el turismo», como los llama» (1940, 17). El amigo dominicano le pidió los cuentos y los leyó: «En aquellas páginas me di de manos a boca con el alma isleña del momento» (1940, 17), concluye. Se sorprendió tanto que se prometió a sí mismo decirlo algún día. Ya en Cuba y perdido el contacto con Belaval se siente con más autoridad para escribir sobre el tema y afirmar que el autor de los *Cuentos para fomentar el turismo* es el cuentista que recoge y expresa mejor el alma de su pueblo. El resto del artículo se dedica a argumentar a favor de esta afirmación.

Ya desde el primer párrafo, Bosch comienza a caracterizar la singularidad de la cuentística de su amigo boricua y a adelantar algunos de sus argumentos. «Gracia» y «dolorosa ironía» son aspectos que sobresalen, y que están acordes con «la impotencia de un pueblo que aceptaba con penosa mordacidad su ingrato destino». Dicho sea de paso, no lo menciona Bosch, pero estas palabras también podrían caracterizar buena parte de la poesía de otro gran escritor puertorriqueño en plena producción durante la década del '30: Luis Palés Matos, autor de «Canción festiva para ser llorada».

Para probar su tesis el cuentista dominicano pasa a exponer sus ideas acerca de la función del artista y el género cuentístico. La diversidad de opiniones de los grupos humanos esconde una profunda unidad solida-

York: Editions Rodopi, 2006). Barradas subraya, por ejemplo, que los «Cuentos para fomentar el turismo» comenzaron a aparecer en el *Puerto Rico Ilustrado* en 1938 y no en 1936. Bosch no pudo haber leído ninguno de estos relatos antes de llegar a Puerto Rico.

ria. El artista logra, por su intuición y mucho antes que los investigadores, expresar la unidad psíquica del pueblo. En el caso de Puerto Rico es un cuentista, Belaval, «quien ha dado con la clave de esa unidad» (1940, 17). El auténtico cuentista, según el escritor dominicano, no inventa; toma su material directamente de la vida que se agita en torno suyo y expresa así «una porción de la vida de su pueblo, si es este quien le rodea» (1940, 17). A partir de aquí, Bosch divide a los cuentistas en dos categorías:

Algunos cuentistas han llevado este respeto por su material hasta la forma de expresión, y así conservan, al escribir, los giros propios del lenguaje popular, más crudamente, o más frecuentemente, cuando hablan los protagonistas, y más artísticamente cuando habla el autor. Otros prefieren universalizarse en la expresión y conservar de lo nacional solo aquellas esencias inmutables que, por serlo, son comunes a todos los pueblos de la tierra. (1940, 17)

Belaval pertenece a los primeros: «Cualquiera de sus *Cuentos para fomentar el turismo* está lleno de giros isleños y leyéndolos cree uno oír a los jíbaros de la altura comentando sus vidas» (1940, 17). Sin embargo, esto no implica, para Bosch, simplemente reproducir el lenguaje dialectal que, tal vez, limitaría la comprensión del relato fuera de sus fronteras lingüísticas. Se trata más bien de un tono particular que parte de una psicología colectiva y la expresa. «No hace falta, para alcanzar ese tono, que las palabras sean estrictamente las del jíbaro. El acierto está más bien, en el conjunto y en esta manera muy puertorriqueña de apocar los hechos y de quitarle importancia al dolor cotidiano con alguna ironía» (1940, 17). Este peculiar tono y este peculiar lenguaje, «ese puertorriqueñismo no riñe con la universalidad que lo solivianta» (1940, 17). Luego añade: «Los cuentos de Belaval, en cuanto obras artísticas, son universales, siendo, sin embargo, muy puertorriqueños. Sus temas están a menudo tomados de una leyenda isleña, o de una creación del pueblo; en ocasiones son simbólicos y expresan un momento trascendental de la vida de Puerto Rico» (1940, 17). De esta manera se armonizan las dos tendencias aparentemente opuestas de criollismo y universalismo que se debatían en su momento.

Resulta muy significativo que Bosch admire, elogie y comprenda tan

bien la cuentística de Belaval, ya que, de los dos tipos de cuentistas, a él más bien habría que incluirlo en la segunda categoría, los que «prefieren universalizarse en la expresión y conservar de lo nacional solo aquellas esencias inmutables que, por serlo, son comunes a todos los pueblos de la tierra» (1940, 17). La sobriedad, la precisión, la objetividad, la economía lingüística del dominicano contrastan con el barroquismo popular carnavalesco y el tono subjetivo del puertorriqueño. Bosch parece partir del maestro Quiroga; Belaval se acerca más a Valle Inclán. Hay, sin embargo, otro aspecto que el dominicano elogia y en el cual coincide con el boricua: el dominio del oficio, la conciencia de las técnicas de narrar.

Según Bosch, la narrativa de Belaval ha ido evolucionando desde su primer libro de relatos. En él «se aprecia al escritor, pero apenas se ve al cuentista» (1940, 18), lo cual resulta para él raro, porque el cuentista «nace» y siempre lo es. Los *Cuentos para fomentar el turismo* revelan al cuentista genuino, al narrador natural; pero también revelan al conocedor del oficio, al escritor consciente. Cuando escribió su primer libro «desconocía la técnica del cuento» (1940, 18), cuando escribió los *Cuentos para fomentar el turismo* la había aprendido. Esta armonización entre arte y oficio es esencial para convertirse en un gran cuentista. Bosch expone, en síntesis, una teoría del cuento como género:

Un cuentista tiene que aprender a escribir, a conocer de golpe el valor relativo de las situaciones y a saber distinguir en un suceso los detalles más importantes, que son a menudo los que parecen serlo menos; debe también adquirir la elasticidad de estilo necesaria, para cada hecho su ritmo propio. El narrador está obligado a saber que lo que caracteriza un estilo no es la igualdad de ritmo en toda la producción. El tema da el estilo, pero especialmente en la narración los personajes, o los ambientes, son quienes determinan el estilo.

Tenemos, pues, que el cuentista nace, pero necesita del oficio. Ambas cosas, arte y oficio, son igualmente necesarias. Utilizando solo uno de los factores, la obra padece. Un cuentista nato, sin el dominio de la técnica, escribe cuentos tan mediocres como uno que no sea cuentista nato y conozca bien la técnica. (1940, 18)

Bosch predice que, puesto que Belaval, cuentista nato, cada día domina mejor la técnica con el estudio de los maestros del género y la dedicación al oficio, es indudable que producirá en el futuro otras colecciones de cuentos que lo confirmarán como un gran cuentista.

Como subraya Barradas, Bosch es el primero en destacar el gran valor de Belaval como cuentista. Además, su artículo es la única reseña contemporánea de los *Cuentos para fomentar el turismo*, escrita, incluso, antes de que apareciera el libro en 1946. Más de una década después, Concha Meléndez confirmará su opinión y posteriormente Flavia Lugo le dedicará una tesis de maestría y Luis Rafael Sánchez su tesis doctoral, luego publicado en forma de libro, que fue consagratorio. Belaval expresó su gratitud dedicándole al cuentista dominicano uno de los mejores cuentos de la colección: «La viuda del manto prieto».

Por otro lado, este breve texto no es solo importante para Belaval, sino también para el estudio del propio Bosch, ya que, como también destaca Barradas, la lectura de Belaval motivó la reflexión que lo llevó a anticipar algunas de las ideas que como teórico del género expone mucho después en su famoso ensayo de 1958, «Apuntes sobre el arte de escribir cuentos».

Juan Bosch también fue amigo de otro gran cuentista puertorriqueño, muy joven, que apenas contaba doce años. Nos referimos a José Luis González, para quien el cuentista dominicano fue un verdadero maestro. Según nos cuenta en su obra autobiográfica *La luna no era de queso*, Bosch fue uno de los primeros lectores de los cuentos iniciales de González y en sus muchas conversaciones le hizo observaciones y recomendaciones muy valiosas que lo ayudaron a orientar su vocación de narrador. El maestro dominicano consideró al joven puertorriqueño un cuentista nato y se concentró en que desarrollara conscientemente el oficio. La relación se resume hermosamente en las siguientes palabras del cuentista dominicano: «Por ahora... digámoslo así: tú eres la semilla y yo voy a tratar de ser el jardinero» (1988, 287). José Luis González floreció y le dedicó a su maestro su cuento «Mujer», el cual establece un diálogo complejo con el famoso cuento del mismo título escrito por Bosch. Muchas décadas después, siempre agradecido, también le dedica su libro *La luna no era de queso*.

Muchos otros narradores puertorriqueños fueron discípulos directos o indirectos de Juan Bosch. Abelardo Díaz Alfaro, por ejemplo, le dedica al maestro dominicano su cuento «Bagazo», uno de los más logrados de su libro *Terrazo* de 1947.

Los cuentos puertorriqueños de Bosch

Otro aspecto importante de la estadía de Juan Bosch en Puerto Rico durante el 1938 fue la publicación de sus poco conocidos «cuentos puertorriqueños». Para el verano de ese año, probablemente para suplementar sus escasos ingresos, Bosch comienza a publicar relatos en la conocidísima revista *Alma Latina* que dirigía el poeta y periodista Graciany Miranda Archilla. *Alma Latina* era una de las principales revistas del país. Al igual que *Puerto Rico Ilustrado*, publicaba artículos sobre una gran diversidad de temas: historia, geografía, ciencia, el mundo contemporáneo, arte y literatura. La publicación iba dirigida a un público general no especializado, pero sí educado y principalmente femenino. La creciente clase magisterial era uno de los principales patrocinadores de la revista.

En las páginas de *Alma Latina*, del 11 de junio al 10 de septiembre de 1938, aparecieron cuatro relatos del cuentista dominicano que nunca incluyó en sus libros de cuentos y que nunca fueron reeditados hasta la edición de *Cuentos más que completos* de Juan Bosch que publicó la editorial Alfaguara en 2001. Estos son los «cuentos puertorriqueños» prácticamente desconocidos del maestro dominicano. ¿Por qué no fueron reeditados por su autor? ¿Por qué no los incluyó en ninguno de sus libros? Bosch salió para La Habana algunos meses después de publicar el último de los relatos. Tal vez los dejó olvidados, pero es mucho más lógico pensar que el autor los escribió para ganarse el pan y, sumamente exigente, nunca los consideró dignos de volver a publicarse. Uno de ellos se desarrolla en un ambiente exótico, ajeno a Santo Domingo y a Hispanoamérica, que son los usuales escenarios de sus cuentos. Otro se desarrolla en un Brasil misterioso, cosmopolita y primitivo a la vez. Los otros dos se desarrollan en Puerto Rico o intervienen en ellos personajes puertorriqueños, pero uno de ellos parece escrito para complacer el gusto del público femenino lector de novelas rosa. No obstante, ninguno es un mal relato y por lo menos uno de ellos es de especial interés para los puertorriqueños. Los títulos son los siguientes: «El astrólogo», publicado el 11 de junio; «Una jíbara en New York», 25 de junio; «El cabo de la legión», publicado por entregas semanales del 9 de julio al 6 de agosto; y «El Dios de la selva», del 15 de agosto al 10 de septiembre.

Los dos últimos, por su extensión, por la complicación de sus tramas y por la extensión temporal de la acción, son, en realidad, novelas cortas, relatos de aventuras en lugares lejanos y exóticos para los puertorrique-

ños. «El cabo de la legión» recoge la vida dura y las peripecias de soldados de la famosa Legión Extranjera en los desiertos del norte de África. Los heroicos soldados de diversas nacionalidades resisten en un remoto fortín el asedio de aguerridos guerreros árabes, sin muchas esperanzas de recibir ayuda. El narrador, un joven oficial, ha llegado al desierto después de una desgraciada aventura romántica. Sorprende agradablemente el dominio que ya tiene Bosch sobre la narración: su capacidad para crear personajes llamativos, diálogos dinámicos, escenarios convincentes, acciones y escenas dramáticas. La narración fluye en el lenguaje sencillo, expresivo y flexible que asociamos con la buena narración oral de un hombre culto que cuenta sus aventuras a un público receptivo. Bosch escribe a base de sus lecturas y su imaginación; por eso, sorprende su capacidad para recrear viva y convincentemente un mundo que realmente no conoce de primera mano.

Esta misma habilidad se manifiesta en su otra novela corta, «El Dios de la selva», la cual se desarrolla principalmente en Río de Janeiro y sus inmediaciones. A través del protagonista narrador el autor describe las calles, los escenarios naturales, los personajes cariocas como si hubiese estado en la gran ciudad:

¡Río de Janeiro! Coronando la ciudad que se desparrama llena de vida y de gracias, y que parece ir rodando hasta hundirse en el mar azul y móvil, el Pílon de Azúcar, atalaya infatigable, el paisaje más bello que soñó hombre alguno. La ciudad, blanca, luminosa, asciende y desciende, curva, se pierde, torna. Rostros cetrinos y vivaces llenan las avenidas. La vegetación revienta casi entre los techos de los edificios de mármol. Se oye a todas horas el dulce acunar del idioma, en el cual parece estarse cantando más que hablando. (2001, 538)

Más adelante añade:

¡Oh Río, Río, ciudad encantadora, de sol, de color, de placer! ¡Vamos por aquellas pintorescas y a la vez monumentales rúas de nombres pomposos, y veíamos pasar en oleadas a la maravillosa mujer del Brasil, tan gentil y tan

señora. La suma de todas las voces de los paseos, el tono atristado de los vendedores de periódicos, el timbre de los tranvías, las bocinas de los autos: todos aquellos ruidos peculiares, que en Río no son ruidos, formaban una especie de armonía total, de canto doloroso que se iba extendiendo bajo el límpido cielo brasileño. (2001, 543)

En este ambiente dinámico, tropical y urbano, en quintas y hoteles lujosos con hermosas vistas, se desarrolla la mayor parte de la acción de la novela corta; pero también se alude a la selva impenetrable y misteriosa, a los rebeldes esclavos negros que huían del abuso de sus amos, a los extraños ritos de tribus cimarronas y a las fabulosas riquezas escondidas y protegidas por la lujuriente naturaleza tropical. Curiosamente, el narrador protagonista de la *nouvelle* es un norteamericano de nombre Lewis, un solitario hombre de negocios, fascinado por el trópico, que viene a Brasil a cerrar un trato multimillonario con su compañía de Nueva York. Inadvertidamente se ve involucrado en una compleja trama de intrigas en las cuales cree que participan espías nazis, estafadores internacionales y conspiradores desconocidos, todos en busca del Dios de la selva y de las grandes riquezas acumuladas en una fabulosa ciudad fundada por cimarrones que les han robado a sus amos.

No hay duda de que con sus novelas cortas Bosch pretendía entretener a sus lectores y satisfacer su afán de conocer el mundo más allá de las fronteras isleñas. Muy bien escritas y mejor narradas, estas pequeñas novelas no tienen grandes pretensiones. No obstante, «El Dios de la selva» muestra un interés particular del autor por conocer y defender la idiosincrasia latinoamericana y penetrar en los secretos de las culturas no occidentales que también la componen. Los personajes discuten la oposición entre Europa y América y hasta el protagonista norteamericano percibe en nuestras tierras un telurismo natural, una filosofía de vida más auténtica y vital, contraria al vacío pragmatismo mercantil norteamericano.

Este tema de la oposición cultural y vital entre las dos Américas, muy propio de la literatura hispanoamericana y puertorriqueña de la época, se presenta mejor en uno de los dos cuentos que escribió el maestro dominicano para *Alma Latina*. Por cierto, son dos relatos muy distintos. «Astrólogo» parece sacado de una novelita rosa de las que se publicaban en la misma revista. La acción se desarrolla entre las clases altas de la ciudad

de San Juan. Una pareja de novios, María del Pilar y Eddy, se ha separado porque él ha preferido a otra muchacha. Luego, sin embargo, arrepentido de su decisión decide regresar, pero ella, por dignidad, no quiere acercarse a él. Eddy se pone de acuerdo con un amigo para que lleve a su ex-novia, que está muy triste y deprimida, donde un astrólogo que acaba de llegar a la capital. El astrólogo le dice que adivina por qué está triste: se trata de la separación de su ex-novio. También añade que las estrellas le han revelado que él está muy arrepentido de su acción; que la quiere y desea volver. Cuando María le confiesa que también lo quiere, el astrólogo se quita el disfraz. Es Eddy y ambos se funden en un tierno abrazo de reconciliación.

«Una jíbara en New York» es, por mucho, el relato más interesante. La protagonista es Juanita, una jibarita hija de la cocinera de una adinerada familia boricua. La muchacha, como muchos otros, emigra a Nueva York buscando mejores oportunidades de trabajo. Allí se enamora de un joven norteamericano que también parece corresponderle. No obstante, él la seduce y luego la abandona. Al considerarse deshonrada, Juanita se suicida arrojándose al frente del tren subterráneo.

Uno de los aspectos más interesantes y curiosos es que, al igual que en «El Dios de la selva», quien narra la historia de Juanita es un norteamericano que conoce y aprecia la cultura latina. Precisamente, el relato está dirigido a otro norteamericano, mientras ambos toman tragos, para ejemplificar las diferencias culturales y demostrar la imposibilidad de que un gringo llegue realmente a comprender la forma de ser de los puertorriqueños. El relato comienza con la siguiente confesión:

–Amigo mío, usted ni siquiera puede pronunciar esa palabra. Diga “jíbara”. ¿Ve usted? Nosotros, los sajones, no podemos adquirir esa gracia, esa ligereza de tono y sonido que distingue a los americanos de sangre española. Ni podemos tampoco –esto mucho menos, desde luego–, mantener esa fogosidad espiritual del latino, de ese hombre a quien llamamos “hispano”. Nosotros no lograremos comprender esa gente. Se lo digo yo que he vivido toda mi vida, desde niño, en los países del sur. (2001, 501)

El narrador, a través de la historia de Juanita, contrasta la laxa moralidad sexual norteamericana con la estricta moral del jíbaro puertorriqueño,

vinculada al concepto del honor hispano. Pero, además, se compadece y admira a la jibarita a quien considera víctima inocente y bella de la irresponsabilidad y la incomprensión anglosajona. El narrador se entristece profundamente con la historia que narra y le dice a su interlocutor:

–Bien. Usted dirá que el hecho de que una muchacha ama-
nezca “deshonrada”, como se dice en esas tierras del sur,
no tiene importancia, y que aquí lo raro sería lo otro; pero
para ellos, y hasta he estado al decir: “para nosotros”, no es
así. La mujer debe llegar pura a los brazos del esposo y de
no hacerlo, está deshonrada. ¿Entiende usted ahora, amigo
mío? Le advierto, desde luego, que no todas las mujeres
que aquí llamamos “hispanas” piensan hoy así; pero Juanita
era una jibara: conservaba toda la esencia de su tradición
familiar y con ella se hubiera enfrentado al mundo entero.
Una vez burlada, se sintió desamparada y le parecía que
toda sonrisa de la calle era un escarnio para ella, que todo
ojo que la miraba, estaba en conocimiento de lo que ella
consideraba su desgracia. Por eso su vida se despeñó, por
eso huyó del boarding y cuando yo fui a buscarla, un sába-
do en la tarde, para hablar de Puerto Rico y para recordar,
viéndola, a “la niña”, no di con la “jibara”. (505)

«Una jibara en Nueva York» es un relato muy relevante dentro de la producción de Bosch y para la literatura puertorriqueña. Escrito no para divertir sino para crear conciencia, evidencia la preocupación y la solidaridad del cuentista con los sectores pobres y marginados, así como su comprensión del debate cultural que se estaba llevando a cabo en Puerto Rico y en Hispanoamérica sobre las diferencias entre las culturas latinas y anglosajonas. El ensayo *Ariel* de José Enrique Rodó dio un gran impulso al tema que fue central en los autores puertorriqueños de la Generación del 30, como Antonio S. Pedreira y Tomas Blanco. Bosch propende a la comprensión y revaloración de las identidades hispanas. Además, Juanita nos recuerda a la Piadosa Artante de la novela *Redentores* (1925) de Zeno Gandía y a otra Juanita: la de *La carreta* de René Marqués. También se asemeja a la protagonista de un cuento poco conocido de Rosita Silva Muñoz, «En la casa de Psiquis», incluido en su libro de 1933, *El cántico de*

Asís. Este es también un relato de ambiente neoyorquino donde la autora dramatiza el conflicto entre los impulsos eróticos recién descubiertos de la protagonista puertorriqueña, estimulados por la mayor permisividad de la sociedad norteamericana, y su formación tradicional puertorriqueña. El tema del choque cultural, tan del gusto de la Generación del Treinta, también se enfoca aquí desde la perspectiva de la moral sexual. En fin, Bosch con este cuento, «Una jíbara en New York», se convierte en pionero de la narrativa de la emigración puertorriqueña que cobrará gran auge después de la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, se encuadra dentro de las preocupaciones por las identidades culturales, temática que se debatía con mucha pasión y pertinencia en el Puerto Rico de la década del treinta. Ciertamente, este cuento puertorriqueño de Juan Bosch merece ser conocido y merecía ser incluido en su libro *Cuentos escritos en el exilio*.

El año que pasó Juan Bosch en Puerto Rico fue un año fundamental en su trayectoria. Durante el 1938 se familiarizó con el país de su madre y se integró a su vida cultural y literaria. Además, hizo amistades y lecturas que influyeron decisivamente en su pensamiento y en su producción. Por otro lado, aportó, como resultado de esta estadía, importantes textos sobre Hostos, Lloréns y Belaval. También escribió un puñado de cuentos, dos de los cuales incidieron en temas y asuntos puertorriqueños. Se trata, entonces, de una instancia sobresaliente de la fructífera relación cultural y literaria entre dos cercanos vecinos antillanos.

OBRAS CITADAS

- Bosch, Juan. «Emilio S. Belaval, cuentista de Puerto Rico». *Puerto Rico Ilustrado*, Año XXVIII, número 1583, 13 de julio de 1940, pp. 17-18.
- . «Julia de Burgos, estrella refulgente en la poesía de América». Edgar Martínez Masdeu (ed.). *Actas del Congreso Internacional Julia de Burgos*. San Juan: Ateneo Puertorriqueño, 1993. 18-23.
- . «Llorens Torres, el apasionado». *Antología personal*. San Juan: Editorial de la Universidad, 1998.
- . *Cuentos más que completos*. Madrid: Alfaguara, 2001.

- . *Antología personal*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2002.
- Figuroa, Patria. *Pachín Marín, héroe y poeta*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.
- González, José Luis. *La luna no era de queso*. San Juan: Editorial Cultural, 1988.
- Llorens Torres, Luis. *Alturas de América*. San Juan: Editorial Cordillera, 1987.
- . *Obra poética*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2010.
- Pérez, José Joaquín. *Fantasías indígenas y otros poemas*. Santo Domingo: Fundación Corripio, 1989.